

cuenta que la imprenta apenas fue introducida en la Nueva Granada en 1737, y en su mayor parte de cartas, cuya recensión ocupa la mayor parte del libro.



Los temas de estos textos, en el censo del autor, son en su orden: retórica, historia, literatura, filosofía, gramática, diccionarios y matemáticas. Uno se pregunta si existe alguna gran obra histórica jesuita aún no publicada. La respuesta es dudosa. Quizá valdría la pena elaborar una antología de textos cortos en alguno de los temas, pero aquí no hay ni trazas de aquello. Yo sospecho que lo más valioso que está escondido en esos archivos ignotos, si es que aún existe, es el material relativo a las lenguas indígenas y a sus traducciones, que debería interesar a etnólogos y antropólogos del futuro.

Hay poca información sobre las misiones en las selvas (Casanare, Orinoco), esas mismas que en el Paraguay llegaron a convertirse en leyenda y en uno de los más graves problemas de orden público para la Metrópoli. Acerca de las misiones del Casanare encontramos mucha más información en los escritos del barón de Humboldt que aquí.

Es bien sabido que para los jesuitas la ganancia del cielo no lo es todo. Su labor en la tierra para ganar adeptos a la fe y, no solamente eso, sino para educar a los pueblos todos, es digna de estima terrenal y como tal debe dejar huella. No es vanidad. Los jesuitas son enterrados donde mueren, sin parar mientes en los ruegos de sus familiares. Su vida mate-

rial se extinguió. Pero su legado espiritual debe perdurar. O, al menos, es la impresión que me produce este libro, debe quedar un registro de ello, por pobre que sea. Así como se recuerdan los nombres de los santos de cualquier comunidad, deben recordarse los nombres de los miembros de ese ejército de soldados de la fe, no por hoy olvidados menos importantes.

LUIS H. ARISTIZÁBAL



Documentada y emotiva biografía

Nelson Pinedo.

El Almirante del Ritmo

Fausto Pérez Villarreal

La Iguana Ciega, Barranquilla, 2006, 220 págs.

Cómo un cachifito nacido en Rebolo —que como sus compañeros de barriada se bañaba en los arroyos y en los caños curramberos y a quien su padre músico no reconoce, pero su padastro zapatero le da el apellido y los estudios hasta cuarto de bachillerato—, pasa primero de pelao patalarga pateador de pelota de trapo en las calles arenosas de San Roque, Las Nieves, Simón Bolívar y Chiquinquirá —porque a las *líneas* de esos barrios les daba miedo jugar en Rebolo— a simple y rutinario empleado de banco que cuenta billetes ajenos y, después, a la vuelta de unos cuantos años, se convierte en una de las estrellas con luz propia —que cuenta plata ídem— de esa constelación melodiosa que fue la Sonora Matancera de los años cincuenta, toda esa trama, en fin, tan amarga como alegre constituye, sin duda, la materia idónea para una novela, una biografía o una película con trazos de epopeya, comedia, melodrama y final feliz.

Pero entre nosotros nadie le vio la importancia hasta cuando, en 1987, el periodista Fausto Pérez

Villarreal, que había crecido al compás de la fascinación que le proporcionaban las audiciones musicales de su padre —matancerómano crónico para quien Nelson Pinedo eran lejos el mejor vocalista del Caribe colombiano en canciones tropicales—, en una tertulia de El Heraldo conoció a Napoleón Barranco Fedullo, nombre de verdad del cantante, y recordó el encanto cálido de sus canciones y decidió que él tenía que contar esa historia que andaba por el mundo como “un corazón sin puerto que navega en el mar de la ilusión o barco que ha perdido su timón extraviado en las olas encrespadas cual un despojo de la vida” en busca de un autor.



Entre la decisión inicial de escribir la biografía y la publicación del libro transcurrieron diecinueve años en los que Fausto se graduó de comunicador social, engendró dos hijos, trabajó en diversos diarios de la costa Caribe, se ganó tres premios nacionales de periodismo y uno regional y publicó seis libros en solitario y dos en coautoría en los que se aproxima, desde diversos géneros, a los dos temas que lo obsesionan desde los albores de su producción periodística: el deporte, en especial el boxeo, y la música popular del Caribe colombiano y del Gran Caribe. Una de las entrevistas de Fausto, a cuatro manos con Deibis Redondo, la que le hizo al torero César Rincón, fue seleccionada por Daniel Samper Pizano para su *Antología de grandes entrevistas colombianas* (2002).

Pese a que el Caribe colombiano en gran medida debe su reconocimiento universal a los artistas y deportistas que nacidos en sus tierras, casi siempre en las clases menos favorecidas, han superado la resistencia de numerosos obstáculos hasta alcanzar las cumbres de sus respectivas actividades, lo corriente en nuestro medio ha sido el desconocimiento, el continuo maltrato de animales que los sume al final de sus vidas en las simas de la miseria o en los lodazales del olvido, como lo testimonia ese libro pionero, que no pierde vigencia, de Alberto Salcedo Ramos y Jorge García Usta, *Diez juglares en su patio* (1994). No obstante, en los últimos años ha crecido la conciencia de la necesidad de aproximarse a la dimensión humana de nuestros artistas para la comprensión y valoración de su obra y han comenzado a aparecer, y hasta a proliferar, las biografías de los músicos populares, aunque casi siempre se trata de hagiografías sin la confiable documentación ni la decente escritura mínimamente esperables, hasta el punto de transmutarse en lo que Fausto denomina “un decálogo de adulación y babosadas”, de lo cual sabiamente se aparta.



Consciente de ese vacío la editorial La Iguana Ciega con gran ojo ha promovido el desarrollo del género y así hemos tenido la fortuna de conocer los aptos acercamientos de Adlai Stevenson Samper a la vida y la obra de dos hitos en la historia musical de Colombia: Antonio Ma-

ría Peñaloza y Pacho Galán. Y ahora aparece *Nelson Pinedo. El Almirante del Ritmo* con sus 220 páginas que incluyen un prólogo de Heriberto Fiorillo, diecisiete capítulos, un archivo fotográfico y una discografía.

La introducción de Fiorillo destaca, por un lado, el desconocimiento casi absoluto del drama privado de Nelson Pinedo y de sus luchas, ocultos bajo la imagen intachable del caballero elegante y limpio de bigote cultivado como un jardín inglés y, por el otro, cómo Fausto nos ofrece un retrato versosímil que no sólo sobrepasa la anécdota, sino que la presenta de manera compleja al ofrecer al menos dos discursos que dialogan entre sí: en una esquina, el de Nelson Pinedo, con sus dotes de malabarista, no sólo de la palabra cantada, sino de la hablada, y en la otra, el discurso construido por Fausto a partir de sus consultas en los archivos de revistas y periódicos y en los escasos libros sobre temas afines y el diálogo con coleccionistas y con otros músicos y con el propio Nelson a través del correo electrónico, los teléfonos y las visitas personales. (Hay episodios que quedan para la decisión interpretativa del lector, como la contrariedad de Rogelio Martínez, director de la Sonora Matancera y Nelson Pinedo, a raíz de la desertión de Bienvenido Granda. ¿Casualidad? ¿Viveza? ¿Intriga?). Con acierto destaca Fiorillo cómo Nelson ha sido un promotor de los valores de su tierra en el exterior, que supo imprimir su impronta caribe colombiana en el escenario universal de La Habana y cómo, así mismo, con el libro de Fausto comienza a pagarse una deuda de más de medio siglo con la obra singular de Nelson Pinedo.

De los diecisiete capítulos, el primero narra la historia de la historia, es decir, la génesis del libro, los trece siguientes reconstruyen el periplo vital y artístico de Nelson Pinedo, y los tres últimos emprenden, en su orden, la valoración de los méritos musicales y personales de Nelson, el abordaje de catorce de sus canciones principales con la breve crónica de cada una, la compilación de las opiniones

autorizadas de dieciséis personas, principalmente músicos, aunque también figuran un escritor y un empresario, y la exposición del ideario de Nelson Pinedo, a través de una entrevista en la que el cantante expone con lucidez sus criterios acerca de Dios, la muerte, el deporte (su afición por el Junior), el canto, la niñez, los amigos, los ídolos y las comidas y películas predilectas.



Fausto estructura la biografía en orden cronológico, aunque arranca con un desvío protuberante al recrear el momento apoteósico, realización de un añejo sueño del cantante, que fue su presentación gratuita en el Estadio Moderno, cuna del fútbol nacional, situado en el barrio Rebolo, lar nativo de Nelson Pinedo, de gran importancia para la cultura barranquillera. Pero a partir de ese momento de aclamación solidaria, pleno de aplausos cuyo eco se extiende por todas las páginas del libro, Fausto regresa al punto de partida, el nacimiento (1928), la infancia rebolera, el rechazo del padre putativo a la vocación de cantante —por ser actividad de bohemios, de hacedores de la noche, clientes consuetudinarios del alcohol que llevan “borrachos la vida sin rumbo vagando por el mundo riéndose del amor o indiferentes”—, sus estudios truncos, el profesor particular y los cursos de inglés por correspondencia, datos aparentemente insustanciales que, como en un buen cuento, habrían de cumplir un papel significativo en la trayectoria de Pinedo.

Fausto nos enteramos también de la experiencia laboral previa al oficio del cantante profesional. Dos anécdotas sobresalen en este capítulo: la botada de su puesto de vendedor de telas, con mentada de madre incluida, por regalar metros de más a una señora bonita, “mística floración, voluptuosa mujer, engendro de Venus, maravilla sensual, estatua de diosa de un jardín imperial con algo en su boca y en su cuerpo que al verla que cruza amor le provoca cuya cara era dulzura y a quien quería ofrecerle el discreto instante de una aventura y beber el néctar de su boca divina y escribir imborrables páginas de amor y de ternura con la fiebre loca de los besos”, y el episodio de su cambio de nombre, de Napoleón a Nelson, una palabra que incluye el son, en el preámbulo de un concurso de cantantes aficionados. Es interesante ver cómo capítulos después un periodista español halla una explicación casi esotérica o paradójica de ese cambio, pues el almirante Nelson fue el inglés que venció a Napoleón Bonaparte en altamar.

En el capítulo siguiente se detallan los inicios de Nelson como locutor y el primer gran golpe de suerte que marcó sus comienzos como cantante, la ausencia de un guarachero ecuatoriano en el radioteatro de La Voz de la Patria, lo que obligó a la suplencia inmediata por parte de Nelson con lo cual encontró su fin, su oficio de microfonífero nocturno, traductor y lector de noticias y *disc-jockey* de música norteamericana, y comenzó su vertiginoso ascenso como cantante con su entrada a Los Olímpicos del Jazz, dirigidos por el maestro “Garganta de Lobo” Lastra, aficionado al alcohol, y tras un rápido periplo por Barranquilla, Bogotá y Caracas habría de alcanzar su momento cumbre seis años después cuando le tocó reemplazar el 23 de junio de 1953, nada menos que a Daniel Santos, en los estudios de Radio Progreso en La Habana, pese a que unos días antes, al llegar Nelson a la emisora, Daniel había exclamado, “Aquí no cabe uno más”. En adelante se daría el momento de esplendor de las grabaciones exitosas con los principales grupos de

la época (la Sonora Matancera, Cortijo y su Combo, Tito Rodríguez, Pacho Galán, Porfi Jiménez y Tommy Olivencia, entre otros), las presentaciones en escenarios internacionales, la breve incursión cinematográfica y el accidente que truncó su inminente carrera de actor, los matrimonios y el inevitable momento del ocaso en Caracas con la disminución de los conciertos, las giras y las multitudes. Para ambientar cada capítulo, Fausto apela a la contextualización geográfica, pero fundamentalmente a la cultural, y así nos entrega sucintas historias de la Sonora Matancera, de Rafael Cortijo, de “Maelo” Rivera y de Tito Rodríguez cuando va a contar-nos la relación de Nelson con estos monstruos musicales.



Hay un momento culminante en el libro que nos da al mismo tiempo la medida de la escritura de Fausto Pérez, sus estrategias narrativas, su juego de voces como de manos, sus artimañas de boxeador que despista al contrario haciéndole creer que está al borde del derrumbe para asentar con paciencia y tino de cobra malévolamente su nocaut fulminante. Se trata del capítulo doce, “La inolvidable experiencia con Tito Rodríguez”, en el que a Nelson le toca presentarse acompañado por Tito Puentes y alternar con Tito Rodríguez:

Actuar con Tito Puentes ha sido una de las experiencias más maravillosas de mi carrera profesional. Pero fue, también, la más tensionante. Con decirles que me

dieron quince días para ensayar con él, a fin de montar las canciones y dejar listo el repertorio de la noche de la presentación, y sólo vine a verlo escasos 20 minutos antes de subir al escenario.

Nelson recuerda las noches de insomnio que le tocó padecer en la antesala de su presentación. “El hombre se perdió sin darme chance de que por lo menos le mencionara las canciones que iba a cantar con su orquesta. La noche del show, yo estaba muerto del susto. Tenía que cantar, con el Cabo Lojeño repleto, y no había ensayado una sola nota. El banquete estaba servido para que el otro Tito nos despedazara, pensé. El maestro Puentes, que durante las dos semanas previas había visitado diferentes ciudades de Estados Unidos en función de compromisos, se acercó sonriente a mi camerino, a pocos minutos de comenzar el show, como si nada, y me dijo con una naturalidad pasmosa: “¡Ajá, Nelson! ¿Ya tienes listo el repertorio? Mira que el tiempo se nos viene encima...” El barranquillero le respondió en el acto: “Eso te digo yo a ti. Pretendemos superar a Tito Rodríguez, y no hemos ensayado. Presiento que vamos a hacer el ridículo...” “¡Bah! No exageres... ¿Tienes las partituras de los temas que vas a interpretar?” “Aquí están”. Tito las hojeó y luego dijo: “Listo”. “¿Listo qué?”, preguntó Nelson con los ojos bien abiertos. “que estás ensayado”, respondió Tito, doblando las hojas del pentagrama. “¿¿Cómo?!”, volvió a preguntar Nelson. “Así como lo oyes: ya estás ensayado... Y apúrate, que nos queda poco tiempo...”

Minutos después, en el templete, con todos los músicos instalados con sus instrumentos y las partituras a la vista, y mientras el anunciador presentaba el programa que seguía a continuación, Tito le preguntó a Nelson, en voz baja: “¿Con cuál canción arrancamos? El barranquillero, hecho un ma-

nojo de nervios, respondió también en voz baja: "Con 'Mompoxina'... Y que Dios se apiade de nosotros". "Listo —dijo Tito—. Tan pronto el anunciador termine la presentación me das la señal con los pies. No te preocupes, chico. Todo va a salir bien. [págs. 136-138]



El texto nos ilustra la transparencia del lenguaje de Fausto, quien humildemente sirve a la materia narrada para que se imponga en la atención del lector y lo ate a su acontecer, a la sucesión de anécdotas que configuran esa vida bacana de Nelson. Están allí presentes, también, la alternancia de voces que enriquecen el texto, la calculada distribución de los datos para construir un suspenso que sube como la espuma de la cerveza e impacta como un certero golpe a la mandíbula que deja viendo estrellitas. Todos los capítulos de Fausto parecen perseguir ese instante especial, similar a la majestad del nocaut, en el que se consuma el éxito, esa confluencia de fuerzas o de aciertos, ese salto hacia el escalón superior y la trascendencia terrenal de la epifanía.

Bien escrito, con amenidad y crecientemente interés, pleno de relatos memorables, documentado, emotivo, *Nelson Pinedo. El Almirante del Ritmo*, es un libro que cumple a cabalidad con su objetivo de reconocer "un ejemplo digno de ser nombrado", la vida ajena al escándalo y ejemplar en su constancia, disciplina y sacrificio, de este cantante barranquillero que alternó con las principales figuras de la música afrocaribeña de su época,

destacándose por la gran versatilidad que le permitió cantar con igual eficacia y expresividad cumbias, porros, plenas, joropos, gaitas, chandés, guaguancós, guarachas, merengues, baladas, tangos, boleros, boleros mambos, boleros chachachá, que contribuyó a la difusión internacional de los compositores nacionales (Pacho Galán, Lucho Bermúdez, Efraín Orozco, Antonio Saladén, Rafael Campo Miranda, Rafael Escalona, José María Peñaranda, Antonio María Peñaloza, Álvaro Dalmir, Alex Tovar, Luis Carlos Meyer y Rafael Roncallo) y dejó impreso en el escenario internacional de la música tropical la marca del Caribe colombiano. Consecuente con su idea, expuesta en el libro sobre Alfredo Gutiérrez, de que los homenajes deben hacerse a las personas mientras están en el mundo de los vivos, Fausto nos ha entregado una imagen concreta del Nelson Pinedo de carne y hueso que todos ignorábamos y contribuye de manera sustancial a esa labor justa que corresponde a todos aquellos que disfrutamos de la obra y del sacrificio de los artistas: salvarlos, como pedía Rubén Darío a Francisca Sánchez, cuanto podamos, del olvido.

ARIEL CASTILLO MIER
Universidad del Atlántico



El músico y la zona

Peñaloza en tono mayor

Adlai Stevenson Samper
Fundación Cultural Nueva Música,
Editorial La Iguana Ciega,
Barranquilla, s. f., 162 págs.

No me es posible una reseña totalmente objetiva tratándose de Antonio María Peñaloza, popularmente "Peña", un juglar medio trovador o trovador medio juglar con quien pasé veinte años poniéndome de acuerdo y en desacuerdo. Derrochando afecto y sinrazón en el sol

de Barranquilla, diciéndole siempre que sí mientras mi mente a veces decía que no, y todo porque se terminaba imponiendo la amistad y el recuerdo del salitre cienaguero. Y es que "Peña", siempre que no lo estuviera oyendo nadie, reconocía ser cienaguero de adopción por la influencia que la tierra del caimán tuvo en su vida y en su música. Nunca lo hizo, en cambio, en medio de sus tremendas peroratas que, generalmente, finalizaban los encuentros culturales de Barranquilla, en los cuales privilegiaba el calor de la contienda para atacar sin cuartel a su enemigo favorito: el analfabetismo musical al que atribuía el deterioro sonoro regional. No lo escuchaban la opinión pública, ni la industria musical, sino colegas, estudiantes, grupos folclóricos, algunos músicos y algunos profesores de música.



Tuvo admiradores y también detractores, pero nunca tuvo influencia como etnomusicólogo empírico. Pero más allá de esto, Antonio María Peñaloza fue un nombre importante de los tiempos dorados de la música costeña, y este solo hecho amerita un libro sobre su vida y su obra. En esta ocasión se trata de un libro que realmente es una coautoría: fue redactado por Adlai Stevenson Samper, con la investigación de base de María Mercedes González, amplia conocedora de la trayectoria de Peñaloza, ya que desde los años ochenta venía siguiéndole la pista al tema. No es una biografía en sentido estricto, sino una crónica periodística que aporta una información